



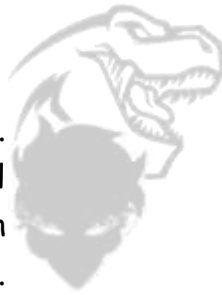
Capítulo 194 - Misión Sagrada

[Nuevo Vaticano]

El Papa Adriano se levantó de su trono, hombre de noble porte, pero con el rostro desgarrado por la preocupación. Gran parte de su juventud había desaparecido cuando Zafiro atacó el Antiguo Vaticano. Su mirada se fijó en los tres generales que tenía ante él: Alejandro, Lariet y Gordon, sobrevivientes de aquel fatídico día.

Los hombres aún conservaban las cicatrices de la batalla anterior, sus cuerpos vendados y sus expresiones una mezcla de determinación y agotamiento. Les había llevado largos meses recuperarse.

"Generales Alexander, Lariet, Gordon...", comenzó Adrian con voz grave. "Tuvimos suerte. Suerte que el fragmento de Excalibur nos protegiera del devastador impacto de ese... meteorito". Enfatizó la palabra como si fuera un doloroso recordatorio de la abrumadora fuerza a la que se habían enfrentado. "Pero parece que nuestra suerte se ha agotado por completo".



Adrian se giró para contemplar la espada dorada colgada en la pared, cuya hoja relucía bajo la luz de las velas que iluminaban la gran cámara. Se acercó y extendió una mano hacia el arma, aunque no la tocó. En cambio, se limitó a contemplarla, como buscando respuestas.

"Excalibur...", murmuró. "Un mero fragmento de su antigua gloria, pero lo suficientemente poderoso como para protegernos." Su voz se tornó sombría. "Pero... el mundo está cambiando."

El sonido de pasos decididos resonó por el pasillo, atrayendo la atención de todos los presentes. Dos pares de botas de tacón alto, confeccionadas en



cuero reluciente, cruzaron el umbral de la cámara, anunciando la llegada de dos mujeres cuya presencia irradiaba poder y atractivo a partes iguales. Los generales se enderezaron instintivamente, como si la sala hubiera sido invadida por dos fuerzas elementales de la naturaleza.

Iridia fue la primera en llamar la atención. Su cabello dorado, como mechones de puro sol, se mecía suavemente con cada paso seguro, reflejando la luz de la antorcha como bendecida por el mismísimo cielo. Vestía un elegante mono de cuero negro que se ceñía a cada curva de su impecable figura, adornado con detalles metálicos dorados que le daban un aire de autoridad regia. Una larga capa blanca caía de sus hombros, contrastando con la audacia de su atuendo y añadiendo un toque de divina majestuosidad. Sus ojos brillaban con una mirada que parecía penetrar las almas de los presentes, inspirando tanto asombro como temor.

Siguiéndola de cerca, Zex. Su cabello corto y azul intenso brillaba bajo la luz parpadeante, realzando su exótica e intimidante belleza.

A diferencia de Iridia, la presencia de Zex era feroz y depredadora, como una cazadora al acecho. Llevaba un top corto de cuero negro que dejaba al descubierto su tonificado abdomen y unos pantalones de cuero ajustados. Unos guantes hasta el codo reforzaban su imagen de autoridad y peligro. Su capa blanca ondeaba tras ella, abriéndose para dejar entrever sus piernas al caminar, añadiéndole un aire de libertad salvaje y letal a su figura.

"Iridia, Zex", saludó Adrian con una mezcla de alivio y preocupación en su voz. "Llegaron justo a tiempo".

Iridia hizo una breve reverencia, con su capa blanca ondeando con gracia al inclinar la cabeza. Su voz resonó, clara y melodiosa, pero imbuida de una autoridad innegable. «Su Santidad, hemos recibido su citación. Parece que los recientes acontecimientos han superado incluso nuestras más sombrías expectativas».





"En efecto", respondió Adrian con gravedad, indicándoles que se acercaran. "Nos enfrentamos a fuerzas que desafían no solo nuestro control, sino también nuestra propia comprensión. Supongo que estos son..." Su voz se apagó, con la mirada fija en las espadas firmemente atadas a sus espaldas.

—Sí —confirmó Iridia con voz firme—. Hemos recuperado dos fragmentos más.

Zex, sin pretensiones, desenvainó la espada de su espalda con un movimiento fluido; el sonido del metal cortando el aire resonó como un trueno lejano. La hoja de la espada brilló con un aura dorada, irradiando una energía casi divina. «No sabemos cuántos fragmentos quedan, pero...», comenzó con tono serio y grave.

Antes de que pudiera terminar, el Papa Adriano levantó la mano, un gesto sereno pero significativo que la silenció. "Está bien, Zex", dijo, con la voz suavizada y un tono sereno. "Cada fragmento que recuperamos nos acerca a la fuerza que necesitamos. Lo has hecho bien".



Iridia y Zex intercambiaron miradas, pero mantuvieron su postura firme e imponente. La tensión en la sala era palpable, pero había algo en el tono de Adrian que pareció calmar sus preocupaciones, aunque solo fuera por un instante.

—Estos fragmentos —continuó Adrián, con la mirada fija en la reluciente espada que Zex sostenía— no deben caer en las manos equivocadas. ¿Entiendes? —preguntó, y ambas mujeres asintieron al unísono.

Zex envainó la espada una vez más, cruzándose de brazos con una sonrisa maliciosa en la comisura de sus labios. «Entonces díganos qué hay que hacer, Su Santidad. Estamos aquí para eso. Pero le advierto... la sutileza no es precisamente nuestra especialidad».



Adrian se permitió una leve sonrisa, aunque sus ojos delataban la urgencia de la situación. "Me he dado cuenta, Zex. Y en este caso, la sutileza será lo último que necesitamos."

Dio un paso adelante, señalando las espadas que Zex e Iridia habían traído consigo. «Los fragmentos de Excalibur no son simples reliquias. Cada uno contiene una porción del poder sagrado de Sir Arthur. Y en las manos equivocadas...». Dejó que la frase se apagara, pero la gravedad de su tono fue suficiente para que todos en la sala comprendieran lo que estaba en juego.

Iridia ladeó levemente la cabeza, con su cabello dorado cayendo en cascada sobre sus hombros mientras clavaba su mirada penetrante en Adrian. "¿Qué desea que hagamos, Su Santidad?"

Adrian alzó la vista para encontrarse con la de ellos, y su voz rompió el silencio que se cernía sobre la habitación. «Comiencen a buscar los fragmentos restantes. Cada segundo que perdamos es una oportunidad para que otros abusen del poder sagrado con fines nefastos».



Zex dio un pequeño paso al frente, cruzando los brazos. "¿Y qué pasa con quienes ya tienen fragmentos? ¿Se supone que debemos... persuadirlos para que los entreguen?" Su sugerencia tenía un matiz peligroso, reforzado por el brillo depredador en sus profundos ojos azules.

Adrian dudó un instante, pero su expresión se endureció rápidamente. «Si es posible, recupérenlos sin derramamiento de sangre. Pero si encuentran resistencia... recuerden lo que está en juego. El futuro equilibrio del mundo depende de ello».

Iridia asintió, ajustándose la capa blanca con aire de serena elegancia. "Entendido. Rastreamos los fragmentos y nos aseguraremos de que regresen a su lugar".

La sonrisa de Zex se ensanchó, con un destello travieso en su rostro.
"Perfecto. Estaba empezando a aburrirme."

A pesar de su profunda preocupación, Adrian sintió un alivio momentáneo. Con estos dos al frente de la misión, había una posibilidad real de éxito. Solo podía esperar que el poder que buscaban restaurar no lo destruyera todo en el proceso.

